

Terremoto Columnas diversas de El Mercurio marzo 2010

El terremoto, los chilenos y el Gobierno

Luis Larraín EM 2010 03 07

Ha sido una semana intensa, en que el miedo, la incertidumbre, el dolor, la rabia y la pena se han asomado por nuestras vidas; en siete días hemos visto aflorar lo mejor y lo peor de los chilenos.

El ambiente de solidaridad que domina hoy la escena, con cuantiosas donaciones, miles de jóvenes movilizados en campañas de ayuda a los damnificados e historias heroicas de chilenos que lo perdieron todo por auxiliar a un desconocido, no alcanza a ocultar el horror que presenciamos el día del terremoto, ni la vergüenza que nos embargó las horas siguientes, ante la actitud cobarde de hordas de maleantes que, a vista y paciencia de todo el mundo, robaron, saquearon y quemaron cuánto se les puso por delante.

Ambas dimensiones, la miserable y la loable, la que lleva a cometer las peores bajezas y la que motiva actos de admirable grandeza, lo sabemos, están en la naturaleza humana. Por eso existen reglas de convivencia en la sociedad; esa es la razón por la que vivimos en un estado de derecho; ello explica que elijamos autoridades que tienen potestades, como el monopolio en el uso de la fuerza. Por eso aceptamos pagar impuestos para que el Gobierno pueda gastarlos en garantizar la seguridad de las personas y financiar otras de las funciones clásicas del Estado, como proveer bienes públicos.

Por eso y porque tenían miedo, angustia y falta de información, la gente esperaba mucho de sus autoridades la madrugada del sábado 27 de febrero y los días siguientes. Y lo primero que se le pide al Gobierno en esas circunstancias, reacción frente a la emergencia, fue un verdadero desastre que vino a sumarse al terremoto y que, como éste, causó daño, víctimas y dolor entre los chilenos.

Es cierto que hay atenuantes, es verdad que el sismo es uno de los más fuertes de la historia, pero hay cosas que no tienen explicación. La información equivocada a la población acerca de la posibilidad de un tsunami, la tardanza en decretar estado de catástrofe en las zonas más afectadas y la evidente falta de una dirección central para enfrentar la situación, son algunas de las carencias más evidentes de la reacción gubernamental.

Y nadie está diciendo que la Presidenta Bachelet no haya estado presente. La hemos visto en todas partes, involucrada, sufriendo con las víctimas, intentando ayudar. Pero no es eso lo que necesitamos del Gobierno en circunstancias como éstas. Se requiere conducción, precisión. Son necesarios procedimientos, protocolos, responsabilidades concretas, radicadas en diferentes funcionarios y autoridades, y todo eso ha fallado miserablemente.

La Presidenta no tiene nada que hacer interviniendo en el proceso para decretar la alerta de tsunami, ese es un procedimiento técnico y, por involucrarse en él, terminó enredada

en las pésimas explicaciones del SHOA y la Onemi, instituciones que, por su desacertado accionar, impidieron que se salvaran muchas vidas.

Y la gestión de los días siguientes no fue mejor. Los trascendidos acerca de consideraciones políticas (no podemos terminar este gobierno con militares en las calles) para dilatar hasta un extremo incomprensible el decreto, que permitía el control, por parte de las fuerzas armadas, de las ciudades asoladas por el pillaje, el saqueo y el vandalismo, merecen una explicación.

Tratando de entender por qué las cosas se hicieron tan mal, se nos ocurre que, una vez más, el Gobierno de la Presidenta Bachelet demostró que hay una hebra del tramado, que la ciudadanía les pide a sus gobernantes, que nunca fue capaz de encontrar. La mayoría de la gente no pide ayuda, dádivas y regalos del Estado. Necesita más bien que éste cumpla sus roles fundamentales, aquellos que le dieron origen: garantizar el orden público, facilitar la conectividad del país, hacer que las instituciones públicas funcionen. Y nada de eso ocurrió.

Es triste decirlo, porque ella puso toda el alma en el intento por ayudar a sus compatriotas; pero todo indica que, desgraciadamente, en esta emergencia Chile tuvo a la mujer equivocada en el lugar equivocado.

Pan de piedra

Lucas Sierra - El Mercurio

En mapudungún, Cobquecura significa "pan de piedra". Fue el epicentro. Un pueblo junto al mar hecho en piedra, bajo el que se fracturó una piedra colosal. Sus paredes no resistieron. Sus piedras se vinieron al suelo, como llamadas por la piedra madre, como atraídas por una fuerza esencial. Y desde Cobquecura, el epicentro, la tierra y el mar se transformaron en súbitos traicioneros.

Las imágenes del desastre se suceden unas a otras. Son monótonas. Hay algo hostigosamente uniforme en la destrucción. Pero es fácil intuir la infinita variedad de dramas y dolores arrugados bajo esa capa homogénea.

Vidas partidas. Pueblos arrasados. Por la vibración, por el mar o por la oscura complicidad de los dos. Vestigios de la historia en el suelo. Otra vez. Otra vez la advertencia de que la vida está tejida por un hilo de precariedad. La piedra se fractura. Incluso la fundamental.

Y por esa fractura se cuele el sinsentido. El de la tierra remeciéndose como si no fuera firme. El de un barco varado en un potrero. El de una casa flotando en la mitad de una bahía. El de una isla a la que nadie avisó y recibió, por la espalda, el cuchillazo del mar. El de cementerios derrumbados y ataúdes abiertos, revelando una muerte que se repite a sí misma. El de un gobierno que trata de comunicarse por teléfono para reaccionar y empezar a coordinarse, sin disponer de un sistema alternativo de comunicación, más autónomo y confiable. El de autoridades civiles y militares que siguen descoordinadas a la hora de explicar su primera y fatal descoordinación. El de un poder civil que se demora en imponer orden debido a un trauma (algo acomplejado a estas alturas) por unas Fuerzas Armadas que cuando salieron a imponerlo, lo hicieron con una crueldad que tampoco tuvo sentido.

Una vez le preguntaron a Isaiah Berlin, uno de los pensadores más agudos y elegantes del Siglo XX, por el "sentido de la vida". Se respuesta fue categórica: "No creo que exista un sentido de la vida. Yo no me pregunto por él, pero sospecho que no existe, y eso para mí es una gran tranquilidad. Hacemos en la vida lo que podemos, y eso es. Aquéllos que buscan algún libretto profundo, cósmico, que lo abarca todo, o algún Dios así; están, créame, patéticamente equivocados."

Frente a los escombros y a las bolsas con cadáveres, las palabras de Berlin hacen sentir algo de la tranquilidad que él dice tener. ¿Cómo insertar la catástrofe en una voluntad deliberada rondando por el cosmos? ¿Cómo hacer calzar la fractura de la piedra en el plan divino? Berlin afirma que la vida y su sentido están en lo que hacemos y no hacemos al transitar por ella. No en un plan prefigurado, tampoco en una inteligencia exterior. Sólo parece contar lo que se hace y se deja de hacer.

Para lo que hay que hacer desde ahora en adelante, existe experiencia a la que mirar. Por ejemplo, después del terremoto y maremoto de 1960 en Valdivia (el más fuerte de todos, dicen), se dictó una legislación especial para lidiar con sus efectos. Regula cuestiones distintas, como la muerte presunta, los plazos y procedimientos que estaban corriendo al momento de la calamidad, y la disminución de requisitos y formalidades en los trámites públicos, entre otras más. Se dictó en julio de 1960. Un mes y medio después del terremoto. Se legisló con prontitud.

En esa legislación hay memoria institucional. Memoria que el Estado parece no guardar suficientemente, al menos si se consideran las dificultades iniciales en la reacción y coordinación. Esas dificultades involucraron al Gobierno y a las Fuerzas Armadas. Fue una falla de Estado.

Como si el Estado no recordara, como recordamos las personas a partir de la niñez y las familias desde siempre, que en Chile, de cuando en cuando, pero inexorablemente, el pan se hace piedra.

El terremoto y el tanque

Carlos Peña

"Varios dicen que gracias al Ejército soy Presidenta de Chile, puesto que de aquí salimos con un Mowag en las inundaciones" -dijo Michelle Bachelet el día 25 de febrero, mientras el general Izurieta la condecoraba.

La Presidenta recordaba así -apenas 48 horas antes del terremoto- el inicio de su fulgurante carrera.

El año 2002 Santiago se había anegado. Entonces se decidió, sin estado de excepción ni nada, que el Ejército saliera a la calle. El resto es sabido: Michelle Bachelet se encaramó en un tanque y principió un ascenso que acabó en la Presidencia.

La ironía de esta historia es que por no haber repetido ahora lo que sin inconveniente hizo seis años atrás-subirse a un tanque- saldrá de la Presidencia con su prestigio severamente magullado.

¿Qué pudo ocurrir para que -luego del terremoto y cuando ya nada se tenía en pie Bachelet se mostrara tan reticente con los militares, los mismos a los que, horas antes, y en tono de humor, agradecía?

-Todas las explicaciones que se han dado hasta ahora son malas.

La más difundida -el Ministro Bitar se encargó de propalarla- es que los miembros del gobierno fueran presa de los malos recuerdos. La imagen de soldados en la calle y ciudadanos retenidos en sus casas habría sido simplemente intolerable.

Esa explicación -podría llamarse psicoanalítica: un grupo de personas adultas paralizadas por el recuerdo- es más bien indigna. Se espera de quienes administran el Estado un mayor control de las propias emociones, algo de circunspección, especialmente en esos momentos en los que nada parece tenerse en pie. La imagen más clásica del político -la expuso Maquiavelo, la mostró Mirabeau, por nombrar dos que no tienen conflictos de interés con los sucesos de estos días- es la de un sujeto cuya principal virtud consiste en controlar sus emociones y actuar con sentido de realidad.

O sea, sujetos capaces de vencer la resistencia que impone el recuerdo. Capaces de hacer lo que -según insinúa el ministro Bitar- fue, en esta ocasión, muy difícil.

La otra explicación que ha trascendido es peor.

En este caso no serían los temores inconscientes los que habrían impedido actuar a tiempo, sino el simple cálculo y el miedo, no al terremoto, sino a que, una vez puestos los militares en las calles, la popularidad de la Presidenta se viniera al suelo. De ser cierto ¿cómo saberlo?- el asunto abonaría una mala sospecha: la de que la Presidenta debe buena parte de su prestigio al celo comunicacional, algo que no habría abandonado al gobierno ni siquiera cuando la tierra temblaba.

Como quiera que sea -fuere cual fuere la explicación- la indecisión del Gobierno no sólo dejó espacio para que la violencia floreciera. También dio ocasión para que generales y almirantes -levemente ensoberbecidos por la demanda ciudadana- abandonaran sus deberes y se comportaran de una manera inaceptable.

¿Dónde se ha visto que generales y almirantes litiguen con la autoridad civil, relativicen responsabilidades por la prensa, y deslicen trascendidos respecto de lo que hicieron o dejaron de hacer, de lo que informaron o dejaron de informar?

La confrontación entre la Presidenta y los jefes militares -que equivale a un abandono casi explícito de deberes de parte de estos últimos- es simplemente inaceptable y no debe ser tolerada. Nadie duda de la importancia de las Fuerzas Armadas -menos en ocasiones como éstas-, pero nada debe hacer olvidar que, en estos y en otros momentos, ellas deben estar subordinadas al poder civil y sus jefes mantener los modales.

La ironía de esta historia es que lo que, en medio de una inundación, comenzó bien arriba de un Mowag, va a terminar mal, para la Presidenta y para los militares, luego de un terremoto.

Y todo por no subirse a un tanque.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).
Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)
Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)